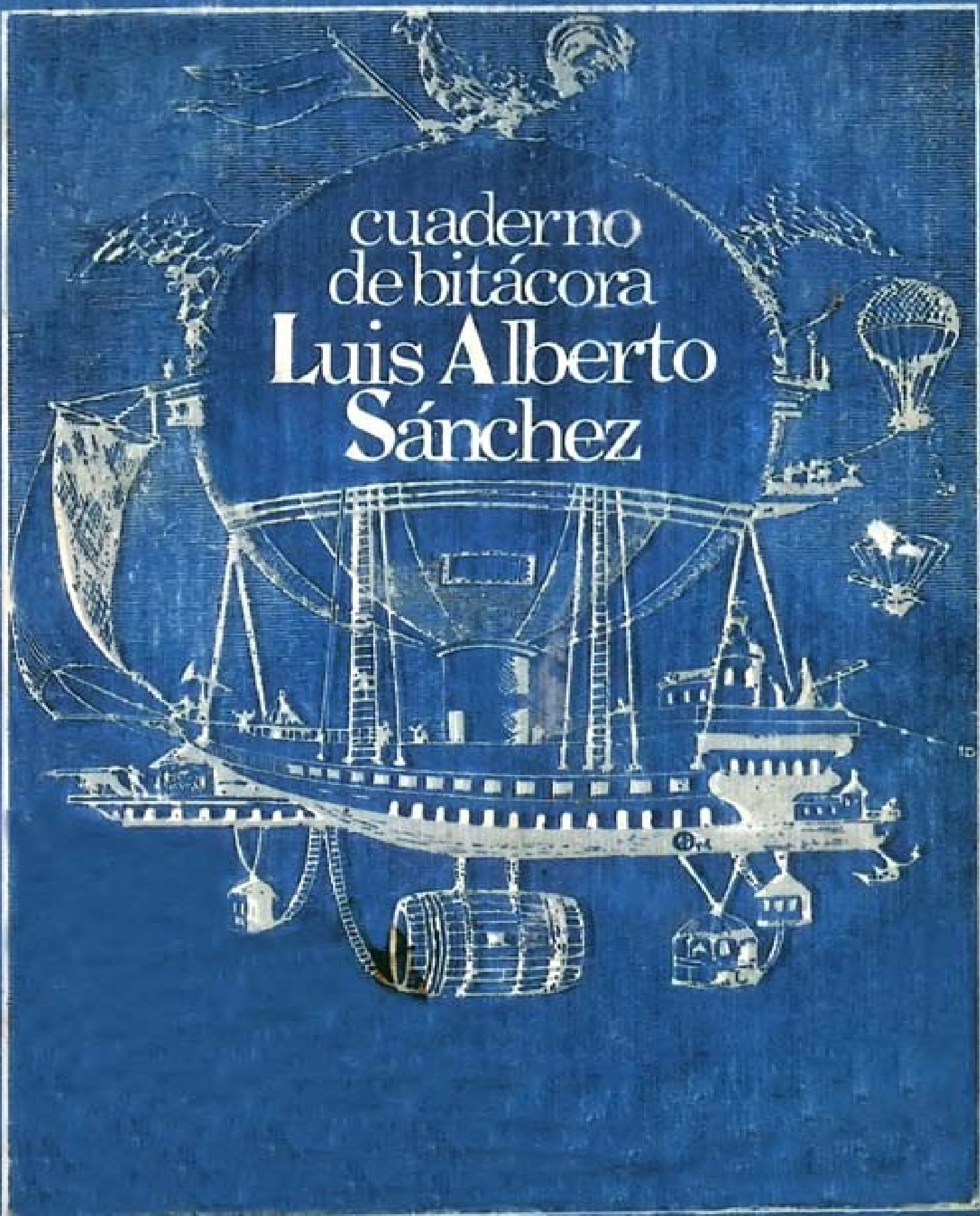


MOSCA AZUL EDITORES

cuaderno
de bitácora
**Luis Alberto
Sánchez**



¿NEGROS ANTES QUE INDIOS EN ICA?

Ica ha sido siempre una tierra misteriosa. La prestigiaron los alfareros de Nazca, los tejedores de Paracas, los viñateros de Pisco y Chincha, las "tejas" de Ica, las brujas de Cachiche, los fascinerosos de la ruta terrestre (entre Perico y Caracoles), las tempestades vespertinas, el arenal insomne, las dunas versátiles, los dátiles jugosos, los gigantes mangos, el embriagante mosto verde, la manchada esmeralda de Huacachina, los toñuces, los algarrobos, los olivos, las vides, Maürtua, Manzanilla y Abraham Valdelomar.

En Ica funcionan, además de una reciente y turbulenta Universidad que no encuentra todavía su equilibrio, una Casa de la Cultura y un Museo Regional. En éste hay un museólogo de vieja cepa, Adolfo Bermúdez; en aquélla, un iqueño descendiente de Don Jerónimo de Cabrera, el fundador: se llama Javier Cabrera Darquea. En Ica he pasado un fin de semana. He vuelto cargado de una nueva lección.

Cabrera me ha mostrado en la Casa de la Cultura una serie de piedras de todo tamaño, desde los ochenta kilos de peso hasta de dos o tres. Suelen ser rosadas y están entrecruzadas de líneas caprichosas, que siempre diseñan figuras humanas y amorfas; el dibujo es tan fino y las alegorías tan elocuentes, que uno asiste al parto de una cultura a través de aquellas ideografías. Por ser tan lustrosas, hay quien pretende que no tienen la antigüedad que se les atribuye: un argumento inútil, pues de quererlas falsificar se las herrumbraría y empolvaría más de la cuenta a fin de reemplazar la pátina del tiempo. Todas esas piedras provienen de un lecho de río al sur de la provincia. Como son casi exactas a dos que, menos pulidas, se conservan en el Museo de Ica y que fueron extraídas de Ocucaje, podemos inferir que el lugar de origen es también el lecho de río cercano a Ocucaje. Se trataría, pues, de unos restos auténticos, y, si así fuere, como creo,

tendríamos ante nosotros, una sorpresa prehistórica realmente sensacional.

Dice el señor Cabrera que deben tener algunos millones de años. La presencia repetida de un dinosaurio en ellas, y el que se hayan descubierto restos de este monstruo prediluviano, bajo los arenales iqueños, presta un prestigio único a las piedras; pero lo más llamativo es que el dinosaurio está a la par que el hombre; que éste lo atrae y engaña con pescado que lleva entre redes a su espalda, y que con la mano libre le hunde el puñal, seguramente de piedra, hueso o madera dura, en las entrañas. El hombre vence al monstruo. La civilización se impone a sangre y cuchillo.

Pero hay otra particularidad, muchas veces repetida en esas piedras: los seres humanos captados en las ideografías tienen bamba de negro, nariz corta y ancha de negro, pelo motudo de negro, lo que, de comprobarse cualquier antigüedad superior a mil años en esas piedras, (y hablamos de millones) tendría como resultado establecer que hubo una raza de tipo negroide en Ica, antes del Imperio, y que los caracteres de tales se perdieron en la medida que el clima dejó de ser tan áspero y que se mezclaron con otras razas venidas por el mar, de Asia y Polinesia, por los Andes de la Sierra y la Selva.

Aquellos seres habrían sido enormes. Y aquí surgen dos inferencias: Garcilaso, y los demás cronistas, han hablado de una raza de gigantes pobladores del antiguo Perú, y hasta de una invasión de gigantes por Santa Elena, en el Norte, lo que indicaría que pudo haber otra por el Sur, en Ica. Además, el vocablo, "cholo", que hoy se usa para distinguir a la mezcla de blanco e indio, fue usado por Garcilaso para caracterizar el pelo ensortijado, por lo cual hasta ahora, en Chile, suele denominarse domésticamente "cholita" a cierta parte del cuerpo femenino donde el pelo es ensortijado. Tendríamos así, dando rienda suelta a la imaginación, que "cholos" fueron los negroides pobladores primitivos del Perú prehistórico y costeño, y que este vocablo se transfirió a los indígenas primitivos en virtud de la simbiosis que se operó entre ellos y aquellos negroides.

Cualquiera de estos extremos hace indudablemente atractiva y casi embrujante la exhibición de la Casa de la Cultura de Ica, y crea una interrogante similar a la que disolvió Paul Rivet, en lo que respecta al cruzamiento con asiáticos, al demostrar la factibilidad de los viajes marinos prehistóricos (comprobación por la Kon Tiki) y la presencia de polinesios en la Tierra del Fuego. Todo ello, un conjunto de semillas para sembrar nuevas teorías acerca del origen de nuestra cultura.

De esta suerte, a los mantos de Paracas y a los huacos de Nazca, a los piscos de Pisco y a los mangos de Ica, se agrega esta nueva aportación, esta nueva inquietud, esta nueva provocación a la curiosidad y a la ciencia, que nos abre un fin de semana estimulante y cargado de sugerencias y enseñanzas.

Correo, 17-VII-1968.